

15 de Diciembre 1917

Año VII.—Núm. 160.

Director: Raimundo Dolz

Admor.: Francisco Barduena

Sumario: Los cazadores de aves acuáticas en Cullera, por *Enrique Casans*.—Una montería.—La Torre de las Águilas, cuento, por *Arnaldo de España*.—Rectificación de una errata.—Grupo de cultura, por *Teodoro Monedero*.—Narración verídica, por *Un Andalúz preguntón*.—La primera cacería, por *José Escribano*.—Las escopetas: sus cargas, pólvoras y usos, por *Eduardo de Lete*.—Biblioteca de CAZA Y PESCA.

(No se devuelven los originales)

Los cazadores de aves acuáticas en Cullera

Cullera, es el extremo S. de los pueblos de la Ribera baja y está situada en la falda del monte del mismo nombre, llamado también—monte de las Zorras.—Es una Ciudad, de unos 18.000 habitantes, de caracter agrícola-comercial y que dista unos 28 kilómetros de Valencia y cinco y medio de Sueca. Disfruta de un buen sistema de canales de riego, derivados del Júcar, al servicio de alegres huertas, hermosos naranjales (hoy sugetos por designio de las circunstancias mundiales al hacha del leñador) y de extensos y productivos arrozales. Por si algo faltaba para completar este variadísimo mosaico campestre, la naturaleza dotó a Cullera de un cazadero de aves acuáticas donde todos los años se refugiaban multitud de fúlicas o gallinetas y que ha servido de origen a la creación de las famosas lagunas artificiales que hoy disfruta la afición valenciana. Me refiero, a la conocida, y aun existente—balsa de San Lorenzo;—balsa de un metro de profundidad y doscientos de diámetro, situada en el espacio que deja una bifurcación del susodicho monte de las Zorras.

Allá por el año 50 del siglo pasado, las fúlicas en ella guarecidas desde el mes de Agosto, no podían cazarse hasta finales de Noviembre, en el día y hora previamente designados por la primera Autoridad municipal de la población. Los cazadores no pagaban nada por tirar y solían colocarse en los puestos que dejaban libres las Autoridades y en los montículos inmediatos. Era costumbre evacuar todo el mundo la Ciudad en dicho día, y con la caza que cada uno podía recoger (aun sin haberla derribado) banqueteaba a su familia en pleno campo abierto. La tradición ha traído hasta hoy la costumbre de dejar los Cullerenses la población en la madrugada de la primera tirada de las caldererías, y unos en carros, tartanas y otros carruages; otros cabalgando y no pocos a pie, invadir huertas y montañas próximos a los cotos, con la lejana esperanza de derribar algún ave acuática desperdigada, pero con la seguridad de no dejar la paella huerfana de pollos, conejos o anades domésticos, llevados ya a prevención en la textera de los carrioches correspondientes. En cambio, demues-

tran los vecinos de Cullera gran cultura al haber abandonado la antigua práctica de recoger la caza derribada dentro del vedado.

El orden, en día de tanto movimiento y alegría no puede ser más perfecto; ni la armonía más grande, entre cazadores que regresan a la población repletos de caza muerta y henchidos de satisfacción y los divertidos moradores de la Ciudad, que saben respetar entre mútuos discreteos, los derechos adquiridos por aquellos, en la compra de sus *replazas*.

Estas replazas, forman hoy día, dos cotos independientes separados por el río Júcar y buena extensión de terrenos adyacentes.

Como sucede en Sueca, son campos arrozales que se embalsan de agua inmediatamente después de la cosecha del arroz y que se conocen o distinguen con los nombres de «coto viejo» y «coto nuevo.» El coto viejo está formado por los partidos, de: San Salvador, Saladar, Balsarasa y Rabasals y el coto nuevo por los partidos de Javareta. Tanto uno como otro son cazaderos, más de patos de ala larga (rabi-largos, Cucharateros, silbadores y cercetas) y de fúlicas que de patos de ala corta (cuellirrubios y cerri-negros), de los que no obstante se hacen buenas cacerías en los puestos números, 19, 28, 29 y 30 y reservado del coto viejo. Si del número 30, que en la 2.^a tirada cobraron 170 cuellirrubios (boixos en nuestro dialecto) y creo que otro número igual de fúlicas y demás anades.

La subasta de los puestos se verificó el día 7 de Octubre próximo pasado con gran animación de licitadores, dando un aumento la recaudación, sobre el año anterior de diez a doce mil pesetas aproximadamente. A ella asistió por vez primera el que escribe con su amigo el Dr. Valero, que sustituye en mi combinación cinegética al respetable aficionado y no menos querido amigo, Salvador Martínez quien en atenta y sentida carta, escrita desde el Perelló, me informó de su imposibilidad involuntaria de tirar este año conmigo en las partidas de Sueca. Con Martínez me privo del atento amigo, del amigo técnico y experimentado, de la tulela del maestro que buena falta me hace; pero con Valero

llevo al puesto: un notable tirador, observador detallista, novel es cierto, en estas lides cinegéticas, pero todo entusiasmo, actividad, arte, atención, que en pocas lecciones superará quizás al maestro de quien las tome, o se *formará* rápidamente al temple de su propia experiencia. Tales son sin eufemismo, las excelentes condiciones que adornan a mi nuevo compañero de caza.

Como yo desconocía en absoluto los cazaderos de Cullera me asesoré para quedarme replaza de los inteligentes y reconocidos aficionados cullerenses D. Francisco Brú, el Dr. Ricardo Vidal y D. Juan Artol. Resueltas las dudas entre dos o tres puestos venimos a adquirir el núm. 10 del coto viejo, del que en opinión del Sr. Brú se puede decir que es bueno, y en circunstancias especiales *podría hacerse el mejor* de la partida. Indudablemente se refería tan técnico aficionado, al hablar así, al tiempo que hiciera durante el periodo de la caza, pues es sabido que con temporales de levante, cuyas lluvias aumenten el nivel de aguas del coto, la caza *toda* se recoge en los puestos altos, donde hay menor cala; y de todos ellos, el número 10 resulta el mas favorecido por su céntrica situación. Algo de lo presagiado por el Sr. Brú ha ocurrido, pero en la primera tirada se anticipó el mal tiempo, cuatro o cinco días, lo suficiente para que la caza *bajase* otra vez a sus primitivas posiciones.

Las tres tiradas que llevamos celebradas han sido en general algo flojas por escasez de patos en todos los cotos. Exceptuando tres o cuatro replazas que han sacado algunos centenares de cabezas por su abundancia de fúlicas, los demás han salido muy medianamente. Nuestro puesto ha resultado uno de los primeros en la caza de patos. En la primera tirada recogimos 140 patos (en su mayoría cercetas, que fueron 95) y 31 fúlicas. En la 2.^a 63 cabezas; de ellas solo 18 fúlicas y de los patos, solo 11 cercetas. Y en la 3.^a 70 patos (de ellos 26 cercetas) y una fúlica. En resumen: 132 cercetas en conjunto. Es pato diminuto (del tamaño de una perdiz), inquieto y veloz, que vuela en bandadas más o menos numerosas pero sin guardar simetría al-

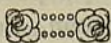
guna. A veces lo hacen tan al rás del suelo, que el cazador oculto en el bocoy, suele apercibirse de su presencia, cuando están ya parándose entre los cimbeles. Y con más agilidad todavía abandonan las aguas al advertirse por cualquier movimiento involuntario del individuo, del peligro que les amenaza. Su alimento preferido son las moscas y las semillas de las plantas acuáticas, y su plumage es parecido al de los demás anades. No crían en nuestro País y su carne es muy apreciada actualmente haciendo con ello honor a la estima, en que según Buffón la tenían los Romanos, en cuya mesa se servía frecuentemente, hasta el punto de preocuparse mucho de su multiplicación en la domesticidad.

Esta caza, ha sido, pues, la nota dominante de mi inauguración en el Coto viejo de Cullera, Coto al que en mi concepto ha restado mucha diversión, el nuevo o moderno, situado en el término de Javareta, excelente cazadero de aves acuáticas por su situación y extensión, que a medida se le vayan mejorando los *cierres* necesarios a la estabilidad de su nivel de aguas, será el codiciadísimo de los buenos aficionados.

Cullera tiene fama (y no es adulación), de guardar mucho el orden en sus Cotos; y así lo vengo observando del proceder de la Junta Administradora, a cuyo frente se halla el celoso y respetado Alcalde D. Juan Llopis, que sin tener afición a la caza y hasta creo que sin gustarle la *carne patifera*, recorre con frecuencia el perímetro de los Cotos para informarse por sus propios ojos si en las partidas se cumple o nó lo que el Reglamento de tiradas ordena. Asesorado como estará de que el nivel de las aguas es el éxito de las cacerías, haga que éste varíe lo menos posible; y en el caso fortuito de una gran alteración, restablézcalo de manera lenta y gradual por demandarlo así la fina sensibilidad de estas aves exóticas.

ENRIQUE CASANS.

Valencia Diciembre 1917.



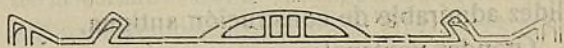
UNA MONTERIA

En el monte "Casa de los Cabriles," (Ciudad-Real), arrendado por D. Joaquín Alburquerque, se ha efectuado una montería los días 18 y 19 del pasado Noviembre, concurriendo a ella, además del Sr. Alburquerque, los señores Jorro, (padre e hijo), Jarés, Rodríguez Rospide, García (padre e hijo), Fernández y Sainz de Baranda.

Lo hermoso del tiempo y el buen orden que reinó en todos los detalles de la montería, fué causa de que ésta, resultase, agradable en extremo a los cazadores.

Buena prueba de ello es, que a pesar de la brevedad de la misma, se cobraron cuatro jabalís, y en los ojeos efectuados se vieron 11 más de estos, dos lobos, un lince y dos zorros.

Los asistentes, quedaron sumamente encantados, de la excursión y muy agradecidos a las atenciones recibidas por parte del Sr. Alburquerque.



ESCOPELAS de las mejores marcas, a precios reducidos. Utensillos de caza, cronómetros, aparatos fotográficos y mil distintos objetos a precios increíbles. Verdaderas gangas.

AL TODO DE OCASIÓN.—Fuencarral, 15.



La Torre de las Aguilas

CUENTO

«Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
«Campos de soledad, mustio collado,
«Fueron un tiempo Itálica famosa.
«.....
«.....
«Las torres que desprecio al aire fueron,
«A su gran pesadumbre se rindieron.
«.....

De «Las ruinas de Itálica»

En la hermosa campiña de la Montaña, en medio de extensa planicie de tonos de esmeralda que rodean los altos de Vispières y del Cincho a cuya otra parte de sus laderas el mar imponente, bravio, teje blondas de espuma a los pies de Ubiarco, existen unas mezquinas paredes cubiertas de verde en su totalidad, formando pequeña balumba que igual pudiera ser vegetación caprichosa que restos de antigua fortaleza...

Estas paredes fueron hasta hace poco, magnífica torre almenada, residuos del antiguo palacio de Altamira que desafiando la acción de los muchos años, parecía resistirse a sucumbir deseosa de mostrar a las generaciones su solidez admirable de construcción antigua.

Grandes ventanales con gruesas rejas a más de un ajimez cerrado herméticamente, tenía por cada una de sus caras.

Era tradición que dentro de esta torre habitaban muchos fantasmas que por las noches salían por el tejado convertidos en águilas y desbastaban los corrales vecinos llevándose entre sus garras de rapiña las gallinas y lechones que luego sacrificaban en orgías nocturnas.

El tío Pedro, el más anciano de todos los del pueblo, los había visto y a media noche escuchó ruidos estrepitosos, voces de ultratumba y músicas extrañas formando endiablada algarabía de la que huyó haciendo la señal de la cruz para que ningún fantasma le persiguiera. Esto era evidente puesto que allí

estaba él para aseverarlo. Resplandores verdes salían por las saeteras y entre las rendijas de los ajimeces columnas de humo mal oliente

Tan fantástica leyenda legada como joya meriúsima, alejaba de los alrededores del torreón a las sencillas gentes del contorno que pasaban sin mirar y con paso acelerado temerosas de que aquellas escenas que contaban pudiesen reproducirse.

Perico, el hijo del tío Pedro, muchachote recio y de grandes alcances, tenía empeño en desmentir la fábula de su padre por creerla falta de razón. Quería convencer a las gentes de la falsedad de esa historia, pero ¿cómo apearles de creencias tan arraigadas?

Un día en que el pueblo celebraba reunido en la plaza fiestas domingueras. Periquillo erigido sobre los hombros de otro mozo habló de esta guisa:

—Lo que cuentan de la torre es mentira. Allí no hay águilas, ni fantasmas, ni ruidos y para probároslo voy a ir yo mismo. Abriré los ajimeces que sabéis están cerrados y por allí con escaleras podéis convencerlos por vuestros propios ojos. Mañana iré al torreón, el que quiera puede acompañarme. ¿Quien va a venir conmigo?

Nadie se atrevió a contestar. Era aquello una locura cuyas consecuencias no podían pagar los demás.

Perico sonrió añadiendo:

—Pues iré yo solo.

Un rumor de espanto conmovió la multitud.

—¡Es valiente!—dijeron las mozas.

—¡Que asodia!—respondieron los viejos.

—¡Está loco!—afirmaron los demás.

Y los mozos que sentían su reputación de hombres empañada por el miedo demostrado con su silencio cuando Pedrín pedía acompañante, propusieron que para convencerles de la entrada en el torreón, llevase Pedro un

águila muerta por él, de las muchas que allí encontraría.

Perico aceptó riéndose y al día siguiente cuando la tarde caía y tal como lo había anunciado, partió con su escopeta terciada y una larga escalera, para abrir los ajimeces del torreón y demostrar al pueblo su candidez.

Todos querían presenciar la maniobra, pero nadie se consideraba con valor suficiente para ver salir los aguiluchos por el tejado y llevarse a Pedro para quemarle vivo en aquella hoguera que despedía rayos verdes y olor de azufre. Quedáronse en el lugar rezando por aquel loco que iba en busca de la muerte.

Pedro avanzó resuelto camino del prado.

Al encontrarse sólo y sin quererlo sufrió un ligero estremecimiento.

La leyenda de la torre en la que él creyó algún tiempo iba a ser desvanecida por él. ¡Que proeza!

Iba a acometer una gran empresa y temblando de emoción miró a las ruinas con respeto y avanzó en derechura hacia ellas.

Conforme se aproximaba procuraba apagar el ruido de sus pasos, temerosos de romper el silencio de aquellas soledades y de que el eco de sus pisadas repetido por los muros de la torre pudiese hacerle vacilar.

Un ruido sordo y prolongado que se elevó del interior de las ruinas, le petrificó.

No era fantasía: le había advertido admirablemente y su oído avizor lo distinguió con claridad.

—¿Será cierta la leyenda?—se preguntó.—¿Habría fantasmas realmente?

Vaciló un momento: pero reprochándose tal debilidad, prosiguió resuelto y decidido a afrontar y vencer todo peligro al que no podía sustraerse por estar ya al pie de la torre.

El ruido existía en efecto.

Apoyó la escalera que escasamente rebasaba la altura del primer ventanal: preparó su escopeta y presa de ese valor impetuoso que se siente en momentos decisivos, comenzó a subir muy deprisa hasta llegar al último peldaño; pero su mano no alcanzaba aún la columna del ajimez.

Trepando con dificultad ganó al fin el alfeizar sobre el que se sentó sudoroso: empu-

ñó con gran emoción una hachita que llevaba a la cintura y la enarboló enérgico.

El misterio de la torre de las águilas, iba a quedar descubierto.

Nervioso golpeó las maderas carcomidas cuyos cierres enrobinados cedieron fácilmente.

Los golpes resultaban imponentes en el interior del torreón.

Las tablas cayeron al fin y el ajimez quedó abierto por completo.

Cientos de asustadas golondrinas que colgaban sus nidos en aquel paraje resguardándose de la inclemencia de los tiempos, salieron en nutrida bandada atontando a Pedrín con sus trinos de protesta.

El viento entrando por las mil brechas de las derruidas paredes producía un rumor prolongado, cuyo eco zumbaba largo rato por la oquedad de la torre; abundantes malezas y ortigas crecían trepando por las descarnadas paredes en cuyos recovecos varias plantas silvestres y olorosas esparcían suavemente el modesto perfume de su flor.

Pedrín quedó absorto, mirando por un boquete inmenso del tejado los arreboles del sol que se ocultaba.

¿Y era aquello lo que tanto miedo le produjo de pequeño y aún asustaba a la gente del pueblo?

Rió la inocencia: pero ¿cómo convencerles de la verdad? ¿Como conseguir llevarles hasta allí para demostrársela? Para ello necesitaba una prueba evidente de que en la torre no había nada y al mismo tiempo que le sirviera como trofeo de su triunfo.

No podía llevar cual prometió a los mozos, un águila muerta, puesto que golondrinas eran las únicas aves que había hallado, luego una de ellas era la ofrenda que debía hacer.

Esperó con la escopeta preparada. La bandada tornó trinando alegremente haciendo mil giros con su vuelo rápido, sobre aquel importuno que había quebrantado la paz de su retiro.

Disponíase a disparar, cuando... recordó entre las cosas que su madre le había enseñado de pequeño, que matar a las golondrinas era pecado, pues ellas quitaron a Cristo las espinas de su corona.

Mirólas compasivo y en efecto le pareció que todas ellas llevaban aún entre sus picos, aquies pinchos peligrosos del rhamnus con el que los fariseos tegieron en el Pretorio la burlesca corona de Jesús y cuyas agudas puntas desgarraron su frente de mártir.

No se atrevían a posar esperando sin duda la marcha de aquel osado, para enterrar aquellos pinchos tintos en la sangre preciosa del Redentor de la Humanidad...

Conmovido por la dulce ilusión, Pedrín descendió la escalera sigiloso, alejándose despacito para no volver a espantar a las ave-cillas que libres ya de su presencia tornaron a sus nidos por el abierto ajimez.

La leyenda desde entonces quedó desmentida.

Aún la cuentan como curiosidad y de la torre solo dan fé unos ladrillos, muy pocos, que por inverosímil equilibrio se mantienen unos sobre otros, cubiertos de yedra, entre cuyos nudosos y finos troncos gorgean alegres muchos pajarillos mezclando sus armonías con los de la fresca voz de alguna moza del pueblo que de retorno al finalizar las tareas del campo, canta una copla alusiva cuyo final es:

Conocemos el misterio
De la torre de Altamira
¡Ya no creo en la leyenda!

ARMALDO DE ESPAÑA.



Rectificación de una errata

En el último número de esta Revista, y en la copia de la sentencia del Tribunal Supremo, referente al arrendamiento del río Moros, existe una errata de imprenta, que por su importancia conviene aclarar.

En la página 3.^a, segunda columna, línea 23, dice: «Cuarto:—El arrendamiento se referirá únicamente a un trozo o varios, pero discutimos de río o arroyo», y lo que debe decir es «se referirá únicamente a un trozo o varios, pero DISCONTINUOS de río o arroyo».

“GRUPO DE CULTURA,”

Esta sección de Ciencia, Literatura y Arte, de nuestra Sociedad, celebró su acostumbrada sesión el viernes 23 del actual.

Abrió dicha sesión el distinguido jurista y Presidente efectivo D. Adelardo López Sánchez, el que leyó con exquisita sencillez, pero con vigoroso acento, unas preciosas composiciones del eminente poeta Gabriel y Galán, comentándolas después con tal erudición y abundancia de conceptos, que arrancó una salva de aplausos del distinguido público, que había guardado un silencio riguroso durante la lectura.

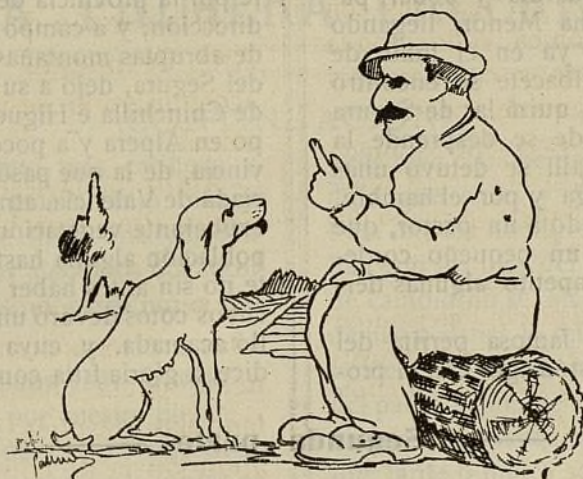
Acto seguido, el conocido publicista D. Plácido Soria, leyó unas interesantes cuartillas sobre “Los cronistas de la Corte,” excelente trabajo de literatura humorística, que cautivó la atención de los concurrentes durante media hora.

Hizo a grandes rasgos, con pinceladas de un verdadero artista curtido en estas lides, la biografía del gran Mesonero Romanos y de D. Carlos Cambro-nero, a cuyos nombres—como sabe todo madrileño—hay dedicadas una calle y una plaza en esta población.

Teodoro MONEDERO

Interesa á los cazadores el anuncio **“MOSTELLA RAIMOST,”** que se inserta en la página 2.^a

NARRACIÓN VERÍDICA



(CONTINUACION)

Medios empleados por el Andalúz Preguntón para pescar un retrato.—Una perrachona á caza del mismo.—Un llobarro afortunado.

¿Qué te ocurre, mi querido amo, que con tanta pesadumbre te encuentro?

—Una gran contrariedad, la cual es preciso vencer a toda costa.

—Quisiera enterarme de ella por si yo pudiera sacarte del apuro, aun cuando tuviese que perder mi pelleja para realizarla.

—Quizá tú podrías devolverme la tranquilidad si obraras con empeño y con cautela.

—Pues venga de ahí; estoy a tus órdenes y cumpliré fielmente tus mandatos, querido amo, por imposibles que sean.

—Se trata de ir a Valencia en busca de un íntimo amigo....

—¿D. Salvador Martínez...?

—El mismo, sí, el mismo; ese caballero que con frecuencia me escribe estas epístolas tan cariñosas que ves aquí en mi bolsillo, que vive en la calle de Lauria...

—No necesito saber las señas; he oído sus cartas y con esto me basta para buscarle en Valencia aun cuando se hallara escondido tras de la estatua de Jaime I.º, a quien tanto veneran los valencianos. Bueno; ¿y qué he de hacer cuando le encuentre?

—En el collar que te pondré al emprender tu viaje, te colocaré mi diminuta máquina fotográfica cargada con diez o doce clichés de

las mejores marcas, y al encontrarte a D. Salvador, después de olerle perfectamente hasta quedar convencida de no sufrir equivocación, te encararás con él poniéndote delante a la distancia conveniente, le llamarás la atención de algún modo para que se fije atentamente en tí, y cuando lo creas más oportuno dispararás una, dos, tres, hasta doce veces el botón de la máquina de tu collar; con lo que habrás conseguido mi deseo de retratarle, y me devolverás con ello mi buen humor y tranquilidad, perdidos, como sabes, hace bastante tiempo. Después emprenderás veloz huida y... a casa, donde te espero con los brazos abiertos para estrecharte en ellos y darte buenos regalos si cumples bien la misión que te confío.

—Será cumplida eficazmente, con la mayor escrupulosidad.

El viaje de la Paloma. Partió la Paloma al siguiente día, bien de madrugada, no sin antes haber examinado minuciosamente un buen mapa de España que yo tenía adornando la pared de una habitación; y según supe después, por el relato que me hizo a su regreso, atravesó las sierras de Rute y Priego, se internó en la provincia de Jaén en la dirección S. O. a N. E. dejándose a uno

y otro lado de su camino las poblaciones de Alcalá-Real, Frailes, Valdepeñas de Jaén, Cambil, Pegalajar, La Guardia y Jódar, pasando a nado el Guadiana Menor, llegando a las sierras de Cazorla y ya en el límite de la provincia con la de Albacete se encontró gran laberinto de sierras, quizá las de Segura y Alcaraz, nudo de donde se desprende la cordillera Mariánica, y allí se detuvo unas horas rendida por la fatiga y por el hambre, la que pudo saciar robando a un pastor, que allí apacentaba rebaños, un pequeño cordeirillo del que comió con apetito algunas tiernas y sabrosas tajadas.

Repuesta en parte la famosa perrita del cansancio y repleto su estómago con el pro-

ducto del animalillo robado, echó de nuevo carbón a su *máquina motora*, continuó su viaje por la provincia de Albacete en la misma dirección, y a campo atravesía pasó infinidad de abruptas montañas, el río Mundo, afluente del Segura, dejó a su izquierda los poblados de Chinchilla é Higuera y dió con su cuerpo en Alpera y a poco en el límite de la provincia, de la que pasó sin detenerse a la codiciada de Valencia, atravesando sus campos de exuberante vegetación tropical sin fijarse en población alguna hasta llegar a la de Torrente, no sin antes haber vadeado el río Júcar en cuyos cotos devoró una robusta liebre que halló acamada, y cuya carne le supo, según dice, a gloria frita con tomates valencianos.

Segunda parte

Llegada de la Paloma á Valencia. Su entusiasmo y sus tormentos.

Continuando la perrita su relato me dice: Querido amo: desde Torrente no tardé más de diez minutos en llegar a la bellísima ciudad del Turia, engalanada de huertas y jardines admiración del mundo entero y orgullo de los españoles. Eran las cuatro de la tarde del 1.º de Agosto último pasado cuando entré en ella por una gran puerta abierta entre dos vetustos torreones llamados de Cuarte; anduve varias calles de agradable aspecto, y a poco di con mi perruna persona en la magnífica Plaza del Mercado, donde quedé extasiada contemplando tantos y tan lujosos puestos en los que se vendían no solo los mejores y más sabrosos productos alimenticios que existen en el globo terráqueo, sino también todo, todo cuanto la imaginación pudiera apetecer: ¡allí había hasta *sesos de mosquito*...!

Siguiendo mi camino plaza arriba pasé por delante de un soberbio edificio, llamado «La Lonja», de construcción gótica, que ostentaba un gran torreón coronado de almenas, con riquísimos detalles en sus ventanales y fachada; y en la acera opuesta una gran iglesia, la de los Santos Juanes, de notabilísima construcción.

Andando de acá para allá, husmeándolo todo, ví la famosa Catedral con su romano pórtico de entrada y su rara torre octogonal denominada «El Miguelete»; después pasé por el Teatro, ví la estatua del rey Jaime, la capilla de Nuestra Señora de los Desamparados, el Gobierno Civil, la Plaza de Tetuán, las calles de Sorní y Colón, las de Barea y Pérez Pujol, la Glorieta y Fuente Central, en todas las cuales se paseaban elegantes y gua-

petonas valencianas, capaces de quitar *er sentio* a cuantos seres *der* sexo *juerte* tengan su alma en *er cuerpo*; y por último, quedéme electrizada; atónita y embelesada ante la más fantástica portada que puede concebir el pensamiento humano, cuajada de incomparables dibujos y relieves de las más encantadoras figuras que puede representar el artista, y que más bien que adornando la entrada del Palacio del Marqués de Dos Aguas, a quien pertenece la morada, debieran servir de pórtico a la mansión de los bienaventurados, a la Gloria Celestial del Eterno Padre.

Serían próximamente las siete de la tarde cuando acerté a asomar a otra calle, donde encontré *rastro* del caballero a quien buscaba, que indudablemente debió pasar por allí poco rato há; apliqué mis narices al suelo y lo seguí velozmente un corto trecho, hasta llegar a una casa señalada con el núm. 22, donde el citado señor debió entrarse, y a cuyo portal arrimé mis narices, quedando completamente convencida de que allí moraba, querido amo, tu íntimo amigo D. Salvador.

Satisfecha de alegría di un salto y coloquéme en la acera de enfrente para examinar bien el edificio y combinar mi plan de *ataque* en la *batalla* que se me avecinaba; pero, ¡oh sorpresa!, en uno de sus balcones, que yo comparé con el Edén, se hallaban tomando el fresco dos elegantísimas jóvenes señoritas, dechado de gracia, *gusto* y hermosura, de esbelto cuerpo y con más *sal* que la que dan las canteras de Cardona (Cataluña), donde según tengo entendido está la más alta montaña que se conoce de este mineral.

(Continuará)



LA PRIMERA CACERÍA



(CONTINUACIÓN)

Sois exigentes, y cuanto más cariñoso y obediente es el hijo que tenéis, tanto más y más le exigís, hasta que llega una ocasión como esta en que no os debemos obedecer por ley natural y echáis el carro por el pedregal...

—Las madres conocemos más la vida y todo lo que hacemos es por vuestro bien.

—Tenéis la creencia de que el hijo debe casarse a vuestro gusto porque la mujer os guste, y entonces hace su felicidad, y no es así, mamá, estos casos son los menos; mejor dicho, en ninguno de ellos los contrayentes consiguen ser felices. Comprendo que lo hagais seducidas de los mejores y buenos propósitos, pero las más de las veces no es el cariño, sino el dinero quien os guía, porque el dinero sin cariño se une al pensamiento y no al corazón. El dinero es bueno, porque ayuda mucho y proporciona todo, menos cariño puro, pues el dinero no lo produce; el cariño no puede nacer del dinero porque el cariño nace y se cautiva con el calor de los pechos que el tiempo aumenta y produce alegrías.

El cariño manda y no se le manda, y si no ¿qué han sido la mayoría de los que se casaron sin él?, unos desgraciados que tienen que vivir artificiosamente preocupando su imaginación para hacer más llevadera la vida; de los que hacen la vida del perro y del gato, no hay que hablar; en cambio los que se quieren, algún que otro disgusto tendrán, pero con unas miradas de cariño, cuatro palabras y unas sonrisitas de amor todo se subsana y viven con las alzas y bajas de la vida, pero siempre unidos el pensamiento y la mirada encaminada al mismo fin: el amor que en sus pechos germina. ¿Cuánto me rio de esos farsantes del cariño que quieren hacernos creer lo penoso de su matrimonio con el pretexto de que se equivocaron, cuando dicen: ¡ay!, si fuera ahora. No, mamá, es una fábula, es un vano medio de engañarse nuevamente,

pues bien claramente podían haber comprendido que antes y después se equivocaban. Para mí, los hombres y las mujeres se prueban con los ojos del alma y si a las primeras de cambio no se afectan mutuamente, a las demás ocurrirá lo mismo, aunque con los entremeses de las conveniencias y los consejos del padre, la madre o el amigo se sobreponen ambos con nuevos cálculos llenos de ilusión que tarde o nunca se cumplen y entonces se lamentan y ponen el grito en el cielo: soy un desgraciado con mi matrimonio; ¡mi matrimonio es así!, ¡mi matrimonio es así!... y todo ¿por qué?, porque creyeron que el matrimonio era un traje o algo así como una visita, que por cumplir reglas sociales o modas, tiene que estar a disgusto una temporada o varios días, y al fin y al cabo se pasa; no, el matrimonio es para mientras vivan los dos contrayentes, de aquí que los padres no debían obligar, para que el día de mañana si se equivoca alguno no tenga derecho a daros queja ninguna, ni le quede eso de decir: por mis padres paso este calvario.

—Si, hijo, tienes razón, pero así como los padres tenemos obligación de velar por vosotros y aconsejaros lo que mejor nos parezca para sortear el sinnúmero de peligros que os amenazan, así el hijo también tiene el deber de obedecer a sus mayores.

Todo eso está muy bien, pero una cosa es aconsejar y otra exigir, pues según entiendo, en este caso huelga, de aquí que te exponga mis razones, y no por eso, sea un hijo que desobedezca a sus mayores.

—Pero si tu madre te aconseja que esa mujer de cuna tan humilde no mereces, debes obedecerla.

—La cuna es lo de menos: Jesús Nuestro Señor, nacido de mujer también y en un pesebre, es el Rey de reyes y Señor de señores. Marta podrá ser todo lo humilde que quieras tiene un talento natural muy grande y un al-

ma más grandiosa aún, y por esta razón que lo es también muy grande, será una buena esposa, mejor madre... y algo más que el tiempo se encargará de demostrar.

—Si haces, hijo mío, lo que quieres, será contra la voluntad de tu madre.

—Lo siento, pero además me queda la satisfacción de que contrarío a mi madre en un capricho sin razón de ser...

En este sentido tan opuesto marchaba la discusión entre madre e hijo cuando acertó a entrar el padre en la habitación seguido del Marqués, quien no pudo menos de preguntar a Santiago, dados su encendido rostro y excitación en que se encontraba.

—Nó, nada, una pequeña discusión que sosteníamos.

—Caprichos de jóvenes, continuó la madre.

—Me choca, siguió el padre, Santiago no es caprichoso.

—Pues ahora, sí, dijo la madre en tonos agrios.

Para que V. se convenza de que no lo son, voy a explicarle todo en pocas palabras.

—Bien sabes que en asuntos de familia no quiero intervenir, Santiago.

—Dispénseme, Sr. Marqués; como me consta que se interesa por mí, yo quiero recabar el apoyo de V., que con el consejo de mi padre, ya que por casualidad se ha presentado la ocasión antes de lo que yo quisiera, como lo mismo dá antes que después, una vez así...

—Bueno, hombre, por tí lo haré, aunque ya he dicho que no son muy de mi agrado los asuntos de familia.

—¡Gracias!--dijo el simpático Santiago sonriéndose.— Pues bien, estaba diciendo a mi madre que estoy locamente enamorado de Marta, la hija de su guarda mayor; pero a mi madre la parece mal por la diferencia de clase, como si las clases constituyeran cariño. Lo que sé decir por mí es que la amo con un amor intenso y que mi corazón comprende que es la única mujer que puede labrar mi felicidad.

—Como tú comprendes, estos son asuntos de familia, pero si la quieres, ten en cuenta, que por humilde que sea, toda mujer honrada tiene derecho a lo más grande y hermoso, al puro amor del corazón. Ahora bien, tratándose de ella, a quien he visto nacer y que

conozco todos sus dones, te digo tal y como lo siento, me parece que haríais una pareja feliz.

—Precisamente lo que yo he dicho a mi madre ya, y más aún, o me caso con ella, o me voy a la guerra... sí, a la guerra y quizás para no volver, así que presentes están todos los que han de intervenir en ello.

—Yo, hijo mío, como padre que soy, tengo que darte un consejo: los hombres, para casarse, deben tener en cuenta que la compañera es para mientras vivan, y procurar, por todos los medios que estén a su alcance, no equivocarse, porque de estas equivocaciones dependen la felicidad o el calvario para siempre; más vale ser hombre libre que mal casado; si a ti te agrada Marta, con tal de que no sean ilusiones vanas, desde ahora puedes contar con el consentimiento de tu padre.

—Me adhiero a las manifestaciones de tu padre, Santiago. Siempre te he querido como un hijo y ahora más que nunca mi alegría es intensa. Desde luego, si no tienes compromiso alguno, me ofrezco para ser el padrino... La madre resistía esa nerviosidad tan característica en ella, comprendiendo que si se oponía más, su hijo haría una tontería, y sabiendo que era en balde discutir con los tres, añadió:

—Yo acepto todo lo que sea para bien de mi hijo, pero no, no puedo convencerme de que mi hijo no pudiera hacer mejor casamiento...

—No hay mejor casamiento que el que se hace a gusto de uno mismo, y en caso de equivocarse, que pudiera ser, me parece no faltaría la fuerza suficiente para sobrellevarlo con resignación.

—Dejadme—dijo la madre llorando—, ¿no es una pena para una madre, que tras de haber llevado al hilo en el claustro materno durante tantos meses y haber sufrido agudos dolores para quizá morirle al ofrecerlo al mundo, con el sinnúmero de cuidados y atenciones hasta su completo desarrollo, para ni siquiera tener derecho a aconsejarle?...

—Esa es vuestra misión en la tierra. Las mismas deudas se suceden desde que el mundo es mundo, y seguirán sucediéndose; cada uno las pagará cuando le llegue su hora—dijo el Marqués.

EPÍLOGO

Era una mañana de Abril... la madre tierra, adornada con el sinnúmero de hojas y flores que la cubrían, parecía un hermoso tapiz de artísticos y variados colores... Cada uno de los árboles mostrando sus respectivas flores, el romero con su fuerte olor y amarilla hoja, la jara con la suya pegajosa, los tomillos y mejoranas embalsamando el ambiente, los derechos gamonitos suavemente cimbreados por la apacible brisa de aquella mañana y multitud de pajarillos con sus alegres trinos jugueteando en las ramas de los árboles, brindaban alegría y contento, más de los que en sí llevaban los excursionistas que marchaban en automóvil por el camino de Navahermosa en busca de Marta, la simpática y hermosa serrana que hacía palpitir el corazón

de Santiago... La madre de éste, que también iba, vista la imposibilidad de convencer a su hijo, lo permitió también, marchando todo a las mil maravillas.

.....

Después del clásico viaje de novios que hicieron por el extranjero, vimos a Santiago tan simpático como siempre, Marta tan cariñosa y la señora suegra elevada al cuadrado en el papel de mamá política....

Un día al regresar a casa, la muchacha me dió una tarjeta en la que leí lleno de satisfacción: Mis papás Santiago del Roble y Marta de la Romerale me presentan a V. como su nuevo servidor venido al mundo de resultados de la primera cacería....

JOSÉ ESCRIBANO FERNANDEZ.

Madrid Julio 1917.

Las escopetas: sus cargas, pólvoras y usos

(CONTINUACION)

Constituiría un acto de petulante preceptiva decir a una persona que, debe tirar a 0,60 o a 1,50 metros por delante del objeto de referencia. Bastante haremos con darle a conocer las reglas generales, y el cazador, que procurará conocer su velocidad y las cargas de que se vale, apreciará mejor que nadie en la práctica el avance que debe tomar, si bien una persona experimentada podría, viéndole tirar, hacerle indicaciones provechosas.

Un ejemplo dirá mejor que, sólo el instinto y la práctica acomodados a los indiscutibles principios teóricos y al conocimiento del error personal, enseñan a apreciar a cada cazador tales velocidades (la propia y la de los objetos), las distancias y el avance necesario.

Un farisán vuela en terreno descubierto y a favor de viento a razón de 64 kilómetros por hora, o sea 18 metros por segundo. Con la carga reglamentaria los perdigones llevan una velocidad de 262 metros en la misma fracción del tiempo.

Suponiendo que tiramos de través a 35 metros, la munición alcanzará la línea de

vuelo en 25 por 262—0,138 de segundo. Pero durante este tiempo el ave habrá recorrido 18 más 0,138 = 2,48 metros, lo que nos dice que deberemos tirar a 2,50 metros por delante para estar matemáticamente seguros de que el faisán entrará en el círculo de muerte.

Mas, aun dados todos estos términos, no hemos contado con el factor hombre, y colocados diversos cazadores en estas condiciones cada uno acomodará el referido avance a sus personales condiciones y a sus elementos balísticos.

Terminemos ya este epígrafe, si largo apenas esbozado, diciendo que en el tiro horizontal como en el vertical la influencia de la gravedad hace descender los perdigones:

2 a 3 centímetros a	20 metros.
5 a 7 » a	30 »
9 a 15 » a	40 »
15 a 20 » a	50 »
23 a 51 » a	60 »

EDUARDO DE LETE.

(Se concluirá.)

SECCION BIBLIOTECA

Recopilación de sentencias dictadas por el Tribunal Supremo en materia de caza: Muy útil para las Autoridades y aficionados. Precio, 60 céntimos.

Exito en la cria del pollo. En este folleto va resuelto prácticamente el mas difícil problema de la avicultura: Precio 1,90 incluido franqueo y certificado; los pedidos al autor, Don Francisco Jordá. Alcoy, Provincia de Alicante.

Notas de caza, por D. Francisco Brú, Precio, 2 pesetas.

Legislación de caza, pesca y uso de armas, por D. Agustín Álvarez Navarro, 4.^a edición reformada. Precio, 1,50.

Maaunl del Cazador de Perdices con los reclamos, por D. Jacobo G. de Escalante. Precio, 2 pesetas. De venta en la librería Rubiños. Preciados, 23.

El Cazador práctico, por D. Antonio Briones Parra. Precio, 5 pesetas. De venta en la librería Rubiños. Preciados, 23.

Recuerdos de montería, por D. Diego Muñoz Cobo. Precio, una peseta.

Armas y defensas. Notabilísima obra, por D. A. Vázquez de Aldana y D. E. de Lete. Precio, 6 pesetas.

Cacerías en Sierra Morena. Interesante colección de postales á todo color, por D. Joaquín Fernández Trujillo. Precio, 5 pesetas.

Cirujia popular de urgencia. Obra muy útil, por el Dr. Valera de Seijas y Ramírez, Precio, una peseta.

Un paseo por Madrid viejo. Interesante folleto madrileñista, por D. Plácido Soria. Precio, una peseta.

La caza de la perdiz con reclamo, por A. B. Precio, 5 pesetas.

Cartilla de pesca, por el Sr. Pardo y Puzo. Precio, 5 pesetas.

Cuentos de caza, por el Sr. Balbuena. Precio, 3 pesetas.

Episodios de caza, por el Sr. Balbuena. Precio, 3 pesetas.

De la caza de la perdiz con reclamo, por D. Diego Pequeño. Precio, 4,50 pesetas.

Aves de rapiña y su caza, por el señor Duque de Medinaceli. Precio, 25 pesetas.

Legislación de pesca fluvial. por el Ministerio de Fomento, Precio, 50 céntimos.

Estudio critico de caza, por el señor Liñán y Tavira. Precio, 5 pesetas.

Entre riscos y breñas, por el Sr. Lagaria. Precio, 5 pesetas.

El campo y la caza, por el Sr. Moreno y Castelló. Precio, 3 pesetas.

Prácticas cinegéticas, por el Sr. Morales de Peralta. Precio, 3 pesetas.

NOTA. Nuestros lectores de provincias enviarán para franqueo y certificado 40 céntimos, además del precio indicado en cada obra.

Imprenta y papelería.—Basilio Sierra, Atocha, 36.